

ENSAYO

CENTROAMERICA EL OFICIO DE ESCRITOR

Eduardo St. Parra

(Texto de la conferencia pronunciada en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Autónoma de México –UNAM– el primero de abril de 1975)

En América Latina, resulta complejo, generalizante y hasta casi subversivo tratar el tema del oficio de escritor en su aspecto creativo y en el encuadramiento de esa creatividad hacia una alternativa de cambio. Es decir: sólo entiendo el oficio de escritor como una actividad productiva más de la sociedad en la cual nos ha tocado desenvolvemos y actuar.

Si hablamos de *oficio* es porque concebimos al *escritor como artesano*. Todos los escritores que laboran la palabra como en un taller –periodistas, colaboradores, poetas, narradores– son artesanos. Cuando logran dominar la idea de belleza que buscaban, cuando consiguen *crear* devienen en artistas. Nosotros vamos a ocuparnos hoy del escritor como artesano; el que escribe por oficio, en esa ignota región central de nuestra América.

Los escritores centroamericanos viven supeditados a las vicisitudes de una historia nacional que busca su destino en medio de la incertidumbre y el fracaso, la frustración y la esperanza. Pero básicamente es la angustia que a la gran mayoría de ellos ocasiona advertir “la antiepopéya de millones de seres humanos que en sus propios países han perdido el derecho a decidir sobre sí mismos, que viven como extranjeros en su propia tierra, que son bautizados por el hambre crónica, el despojo cínico y el paternalismo sin conciencia” (Vidart).

Caracteriza el drama centroamericano la pobreza de las grandes masas que en lo cultural se manifiesta por la falta de lectura producto del analfabetismo, la escasa industria editorial, la inexistencia de periódicos que puedan recibir el nombre de tales, la enajenación de los centros de estudio al imperialismo norteamericano y la sistemática deformación de la idiosincrasia nacional de esos países a partir de lo que usualmente denominamos *penetración cultural*.

Y de la evidencia del atraso económico, consecuencia de la dependencia dentro del marco de explotación imperialista, entrevemos el atraso político y cultural, mismo que perjudica ostensiblemente a los grupos e individuos que

procuran la superación de esas lacras que paulatinamente van degenerando la vida de los pueblos.

Inestabilidad de las instituciones, continuos golpes de Estado, corrupción política, etcétera, conforman algunas de las resultantes fatales de la vida centroamericana que como bien sabemos son fácilmente extensibles a otros países del continente.

El escritor centroamericano constituye entonces una de las alternativas que denunciará o impulsará la tergiversación y el atropello a los que siempre estuvo sometido su propio pueblo. La expectante dualidad, el condicionamiento referido por mediación del cual el escritor "puede o no" favorecer el contrabando cultural en su área de acción se comprende a partir de la extracción de clase de los mismos. En Centroamérica la gran mayoría de los escritores provienen de las clases dominantes.

Esa espada de Damocles sociológica, ese callejón sin salida, esa identificación social con su clase, históricamente derrotada, les hace mentir con frecuencia. Porque nadie miente tanto como el escritor desdichado. Sus criterios suelen por lo general estar condicionados al marco asfixiante en el cual deben realizar sus actividades.

A veces se animan, se arriesgan a denunciar la explotación, la destrucción implacable de los más ricos legados culturales de su nación, como intuyendo que en esas masas oscuras y embrutecidas yace la potencia y la redención de lo nacional, la recuperación del sujeto perdido en el exilio, la prisión, la tortura y la fosa común.

Empero el escritor centroamericano piensa como lo que es, un burgués, y su producción no puede ser asimilada sino por las clases más o menos cultivadas. De ahí extrae su público y sus lectores. Mas cuando advierte que de ese sector social surgirán los 200 o 500 lectores de su obra, sobreviene la angustia existencial. Es el círculo vicioso que en las metrópolis se disimula mejor que en las colonias o semi-colonias pero que en el fondo responde a la dinámica de un sistemático desplazamiento social impulsado por otros grupos, otras clases a las que se les niega el derecho a la cultura y la formación.

Existe en los escritores centroamericanos una duplicidad permanente, una insuperable contradicción entre el escritor que vincula al país con su pasado nacional y el funcionario o periodista que vive a expensas de una clase directora y enemiga de las tradiciones colectivas por razones históricas y económicas.

El dualismo habría que analizarlo en sus raíces psicológicas y sociales, algo que aún permanece en estado embrionario. Aunque sería injusto soslayar la conciencia que el escritor centroamericano tiene de su falta de libertad intelectual. Con razón se quejan del desamparo y en carne propia experimentan la indiferencia con que la clase de mejores posibilidades culturales (lo que la hace peculiarmente analfabeta) recibe sus producciones literarias.

A veces manifiestan esa desazón sin referirse expresamente al imperialismo, pero en mayor o menor medida ello va implícito en sus obras. Saben que se trata de una fría sordera concertada. La oligarquía sospecha de ellos, aun de los más indecisos y ambiguos; se los aísla entonces del pueblo al punto que su imagen del país y de la vida sólo puede sincerarse como literatura; se les concede un consulado cultural, un puesto burocrático bien remunerado, becas, etcétera; los más honestos siguen el camino del exilio, la prisión y la tumba.

Deducimos pues, que el escritor centroamericano vive una honda tragedia. El miedo, la incomprensión, la hostilidad de los gobiernos y tiranías los percatan de su difícil vocación. Para muchos, el instante se vuelve precario y los momentos dedicados al ocio y a la tarea creadora apenas alcanza la madurez que exige la cristalización espiritual efectiva.

Todo lo comentado ocurre en la América Central, un pequeño subcontinente de tremenda significación cultural y dialéctica en la historia del mundo.

La pobreza y la soledad del paisaje literario, precipita muchos esfuerzos en el vacío de las visiones estériles; los personajes escasean o se estereotipan, hay temas prohibidos que de narrarse ocasionan la ruina del escritor. Paulatinamente, el único camino que surge es el encierro en sí mismo, el pequeño cenáculo y el esfuerzo dirigido a la minoría privilegiada.

El nicaragüense Sergio Ramírez, cuentista de envergadura, extrae un pasaje de la magnífica y desconocida escritora costarricense Yolanda Oreamuno (1916-1956):

Literariamente —dice— confieso que estoy harta, así con mayúsculas, de folklore. Desde este rincón de América puedo decir que conozco bastante bien la vida agraria y costumbrista de casi todos los países vecinos y en cambio sé poco de sus demás problemas. Los trucos colorísticos de esta clase de arte están agotados, el estremecimiento estético que antes producía ya no se produce, la escena se repite con embrutecedora sincronización y la emoción humana ante el cansancio inevitable de lo visto y vuelto a ver. Es necesario que terminemos con esta calamidad. La consagración barata del escritor folklorista, el abuso, la torpeza, la parcialidad y la mirada orientadora en un solo sentido que equivale a ceguera artística. . .” Y dice también: “La ciudad, el empleado, la burocracia creciente, el sibaritismo semiorientado de nuestra burguesía, el arraigo seguro de tendencias y modalidades antes muy europeas y hoy muy yanquis dentro de nuestras respectivas nacionalidades, claman por un cantor, por un acusador, por un rebelde y por un descubridor de bellezas nuevas y de viejos dolores.” (*A lo largo del corto camino*, Repertorio Americano, Ed. Costa Rica, San José, 1961.)

Esa “calamidad” conducirá a Yolanda a un cosmopolitismo suicida. Murió sola, libertina y con el alcanfor letal de quien se entrega desarmado. En la misma casa donde varios años más tarde encontraría la muerte otra mujer que quiso y no supo hacerse querer: Eunice Odio, poetisa y costarricense, fallecida en México, D.F. en 1974. En el polvo del olvido moriría también otra costarricense: Carmen Lyra.

La obsesión del hombre consciente angustiado por la miserable existencia cotidiana. El aislamiento que influye negativamente sobre el desarrollo literario. Un consuelo de pobre: ganar o concursar en los Juegos Florales que para muchos escritores centroamericanos llega a transformarse en el fin de la creación. Escriben, pensando en el premio, soñando en lo que harán con esa pequeña suma: liberarse de deudas, comprar libros en México, España o Buenos Aires, acaso realizar un corto viaje por otras latitudes. Y no se los puede criticar. De vez en cuando, de los Juegos Florales de Quezaltenango, Sonsonate o San Miguel surgen verdaderos creadores que empeñan sus vidas a la literatura con detenimiento y seriedad.

Peor les va a los escritores de provincia:

Viven pendientes de la Plaza, que es la vida popular; la Iglesia, que es la vida religiosa; el Municipio, que es la vida civil; la Escuela, que es la enseñanza de la vida; de los

Portales o arquerías, que es la vida económica; y en torno de ese grupo cordial de 'calles como versos largos' (Pablo Antonio Cuadra) se agrupan los hogares. Y los hogares son la réplica de ese centro urbano: el patio (la plaza); el oratorio (la iglesia); la sala (el municipio); el zaguán (el trajín doméstico de los portales), los corredores (las calles).

Desoladora tarea la del escritor de provincia centroamericana. Los frutos de siglos y milenios, la dura tarea de la palabra y por sobre todo palabras que adquieren connotaciones sospechosamente humanas, que agitan la tranquilidad del comisario local o la virginidad pecadora de las beatas del pueblo.

Claro que a veces la burguesía usufructa y gasta el material elaborado por los escritores. Pero no les reconocen la deuda. Para ella son bufones, típica e insolente actitud de una crítica social que ve en el escritor un bohemio ocu-rrente, un bicho raro y bebedor a quien toman como un vago, un loco, un charlatán que nada vale y que poco tiene que decir. . . cuando todo está diciéndolo. Es que en un sistema donde la explotación de los más es desem-bozada, los escritores no constituyen fuerzas productivas rentables para el mismo.

La situación incide en versos que están más cerca del desahogo emocional, de la sensiblería que del pensamiento. Simultáneamente, se proyecta el afo-rismo sartriano: "Huyo para ignorar, pero no puedo ignorar que huyo y la huida de la angustia no es más que un modo de tomar conciencia de la an-gustia."

Entrevistando al poeta guatemalteco Carlos Illescas obtuve algunas refe-rencias bastante singulares en torno a otra constante de la literatura centro-americana: la dipsomanía:

Recuerdo —dice Illescas— que una de las mayores glorias en las que uno podía incurrir era morirse de borracho. El que había bebido y podía tener delirium-tremens era un super-héroe. Uno de los grupos a los cuales yo pertenecía, no precisamente de escri-tores pero sí de jóvenes que practicaban versos y narraciones, sufrió la muerte de siete de las diez personas que éramos.

Entre otros murió Bernardo Alvarado, secretario particular del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT, comunista). Este Bernardo era un chico talentosísimo, de unos 22-23 años y lo acabó el alcohol. Recuerdo que estuvo 15 días en agonía. Luego con-taron que en determinado momento volvió del estado de inconciencia en que se halla-ba y preguntó que "por qué no lo dejaban morirse, que lo único que necesitaba era un trago". Le sirvieron el trago, le asió al mismo con energía y se tomó el vaso completo. Entonces dijo: "ahora sí me puedo morir". Se dio vuelta. "Con permiso." Y se quedó muerto.

Añade Illescas: "Esto es un retrato aproximado de intelectuales frustrados, sin salida, desesperados."

Y se está refiriendo al periodo democrático de Arévalo. Sería riesgoso aventurar que tal situación ha cambiado. Difícilmente podemos encontrar en Centroamérica algún escritor que no sea bebedor. Y bebedor a morir, a dejar el alma y el cuerpo en el alcohol.

Y luego están los escritores que se van. Los que deben irse para romper el círculo vicioso, la estrechez de provincia. Pero sin quererlo, se olvidan de quienes se quedan; y quienes se quedan son olvidados por los que están. El ser y el estar en la incomunicación del medio. De un medio que obliga al hombre a ser inconstante. Como un ave Fénix que no existe en tanto lo humano subsiste poco.

Otros deciden luchar. Así se fueron Otto René Castillo, quien murió

“entre pájaros y árboles”, como el poeta peruano Javier Heraud. Otto René escribió un poema: “Vámonos patria, a caminar.” Y la patria se lo llevó. Semejante destino al de Roberto Obregón y Humberto Alvarado, Leonel Rugama y otros que entendían la dificultad de encontrar la verdad fuera del criterio de la práctica.

